

La espiritualidad ignaciana en la vida de un papa.

Lectura libre de la entrevista con el Papa Francisco

Gauthier Malulu Lock, SJ

Doctorado en Teología
E-mail: malululock@gmail.com

Recibido: 14 marzo 2014
Aceptado: 14 marzo 2014

RESUMEN: La opinión pública, desde el Padre General de los jesuitas hasta el último periodista, se ha preguntado a lo largo de estos meses: ¿qué hay, qué queda de la impronta ignaciana en la espiritualidad del nuevo Papa Francisco y qué importancia tiene en el gobierno ordinario de la Iglesia? El actual Papa ora, rememora y discierne como un jesuita más.

PALABRAS CLAVE: ejercicios espirituales, espiritualidad ignaciana, memoria, oración y discernimiento espiritual.

«Lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar!», PAPA FRANCISCO.

Iglesia. Los pasados 19 y 23 de agosto de 2013, el Papa Francisco concedió una entrevista a la revista *Civiltà Cattolica*¹. Dicha entrevista ocupó las cabeceras de los más importantes medios de comunicación de todo el mundo. Pasada la euforia del momento y vueltas las cámaras hacia otros ob-

Introducción: contexto

Desde que el pasado día 13 de marzo de 2013, el Papa Francisco ocupara la sede de Pedro no ha dejado de sorprender positivamente al mundo y también a la

¹ Cf. A. SPADARO, «Entrevista a Papa Francesco», en *La Civiltà Cattolica* 3918 (19 de septiembre de 2013), pp. 449-477; manejamos la traducción español: P. A. SPADARO, «Papa Francisco. “Busquemos ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos»», *Revista Razón y Fe* 1380 (2013), pp 249-276.

jetivos, queremos reflexionar en este breve artículo sobre los propósitos del Papa. Aunque en esta entrevista, como es natural, se abordaron numerosos temas sobre la actualidad de la Iglesia y, por supuesto, de nuestro mundo, en este breve artículo prestaremos una especial atención a unas cuantas referencias muy relacionadas con la espiritualidad ignaciana; en concreto a la oración del Papa y a su manera de discernir.

Antes de meternos en harina, una palabra sobre el género literario empleado y una pequeña consideración sobre los sucesos acaecidos hasta su misma elección, nos ayudarán a situar a nuestros lectores y a apreciar en su justo valor sus propuestas.

1. La vida de la Iglesia durante los meses de febrero y marzo de 2013

El lunes 11 de febrero de 2013, delante del Colegio cardenalicio reunido en el Consistorio, declaraba el Papa Benedicto XVI: «renuncio al ministerio de Obispo de Roma, sucesor de San Pedro, que me fue confiado por mano de los cardenales el 19 de abril de 2005, de tal manera que a partir de las 20 horas del 28 de febrero de 2013, la Sede de Roma, la Santa Sede de san

Pedro, quedará vacante y el cónclave para la elección de un nuevo Soberano Pontífice deberá ser convocado por aquellos a quienes corresponda».

Este mensaje, en palabras improvisadas del Cardenal Angelo Sodano, decano del Colegio de Cardenales, sobrevino como «un trueno en un cielo sereno», metió a la Iglesia en un periodo inédito de su historia. Las expectativas se volvieron hacia un cónclave en el que resonaban todas las esperanzas. Tras un tiempo de espera, de incertidumbre, de pronósticos y de oración, salió elegido papa en el cónclave del 13 de marzo de 2013 el jesuita argentino Jorge Mario Bergoglio. Adoptó el nombre de Francisco. Una página nueva se abría en la historia de la Iglesia católica. Desde entonces hasta prácticamente ahora se ha buscado en este nombre, en su inicial discurso de presentación y en otros discursos el programa de su pontificado.

Este es el objetivo de este artículo: la consideración de la espiritualidad ignaciana como una de las claves de lectura del pontificado del Papa Francisco. Tal como en su día dijera el Padre Adolfo Nicolás, Superior General de los Jesuitas, la espiritualidad ignaciana se ha ido encarnando en la vida de los jesuitas, de los laicos y laicas, de los sacer-

dotes, de los religiosos y religiosas e incluso de los obispos y hasta en la vida de los cardenales, pero al ser la primera vez que se encarna en la vida de un jesuita Papa, sentimos una gran curiosidad por comprobar cómo ésta actúa en la vida y en el ministerio de un Papa².

En cuanto al género de la entrevista. Algunos han afirmado que el género entrevista no es el habitual en el modo de comunicación del Vaticano. Aunque el Papa se deja entrevistar durante sus largos viajes apostólicos, lo habitual es que sea el director de la oficina de Prensa del Vaticano quien responda a las preguntas de los periodistas, comunicándoles las informaciones que les puedan interesar. Sin embargo, el Papa Francisco decidió conceder una entrevista de más de seis horas de duración a lo largo de tres sesiones.

2. La oración ignaciana del Papa Francisco: «traer a la memoria los bienes recibidos»

En la oración según el método ignaciano, la memoria junto con la inteligencia y la voluntad, juegan

un papel decisivo en tanto que facultades del alma. Desde el mismo comienzo de los Ejercicios Espirituales, Ignacio advierte su uso al ejercitante, «en todos los ejercicios siguientes espirituales usamos de los actos del entendimiento discutiendo y de los de la voluntad afectando» [EE 1]. Aun cuando la memoria no sea todavía evocada, se sabe que es clave para que el entendimiento pueda reflexionar y la voluntad afectarse. Ignacio menciona explícitamente la memoria ya en la meditación sobre el pecado, «el primer punto será traer la memoria sobre el primer pecado, que fue el de los ángeles» [EE. 50].

En adelante y durante toda la experiencia de los Ejercicios «el recuerdo» o el «traer la memoria» será uno de los verbos que caractericen la actividad del ejercitante. El ejercitante hará, en consecuencia, memoria de su pecado, de su gravedad y de sus consecuencias. De esta manera, gracias a su inteligencia, orientará también su memoria hacia Dios y no menos su voluntad. Dicho de otro modo, la voluntad desea que la memoria recuerde y la inteligencia reflexione para de este modo, desde la memoria, el ejercitante pueda afectarse mejor. El fruto de este primer trabajo de la memoria será la experiencia de la miseri-

² Disponible en: <http://catalogo.media.upcomillas.es/Mediasite/Play/dfb34670640f4d458888ecb560a35c381d> (consultado, 1 de diciembre de 2013).

cordia y, en consecuencia, la acción de gracias «a Dios nuestro Señor porque me ha dado la vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante» [EE. 61].

En las contemplaciones de los misterios de la vida de Cristo (segunda, tercera y cuarta semanas de los Ejercicios) la memoria es invitada en el segundo preámbulo a volcarse sobre la historia, «traer la historia de la cosa que tengo de contemplar» [EE. 102, 78, 206 y 229]. Será, entonces, a partir de la historia cuando la escena evangélica rememorada se convierta en una realidad «inteligible» («conocimiento interno», [EE. 104]), que me afecte (en la actualidad) y mueva mi voluntad hacia lo que más deseo en definitiva: «amar, seguir y servir». En la *Contemplación para alcanzar amor* que clausura la experiencia de los *Ejercicios Espirituales*, Ignacio de Loyola invita al ejercitante a traer a su memoria sobre los bienes recibidos de Dios, bienes de creación, redención y hasta sus bienes particulares. Un tal ejercicio conducirá, a fin de cuentas, a «amar y servir en todo a su divina Majestad» y se convertirá en ofrenda, «tomad Señor, y recibid (...) mi memoria» [EE. 233 y 234]. Este rápido recorrido por los Ejercicios de Ignacio de Loyola,

la, basta para que comprendamos el papel que la memoria juega en la oración según el método ignaciano.

Este tipo de oración, la oración según el método ignaciano, es precisamente el que practica, según su propia confesión, el Papa Francisco: «la oración es para mí siempre una oración *memoriosa*, llena de memoria, de recuerdos, incluso de memoria de mi historia o de lo que el Señor ha hecho en su Iglesia o en una parroquia concreta». Más aún, esta manera ignaciana de hacer memoria es la que ha asumido el Papa Francisco: «se trata de la memoria de la que habla San Ignacio en la primera Semana de los Ejercicios, en el encuentro misericordioso con Cristo crucificado. Y me pregunto: ¿Qué he hecho yo por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?». Es la memoria de la que habla también Ignacio en la *Contemplación para alcanzar amor*, cuando nos pide que traigamos a la memoria los beneficios recibidos”.

El fruto de esta particular memoria, de «las obras de Dios», hace que el Papa Francisco se sienta «hijo», un hijo que sabe que el Señor «jamás se olvida de mí» y también «padre».

3. El discernimiento en la vida y en el ministerio de Francisco

Ignacio de Loyola ha pasado a la historia de la espiritualidad moderna como maestro del discernimiento. Lo practicó para ordenar su propia vida y sobre todo para orientar la Orden religiosa que acabaría fundando en París con un grupo de amigos. El discernimiento como práctica forma parte de la herencia de sus hijos, los jesuitas, y de los ignacianos. El discernimiento que Ignacio enseña no debe ser entendido como la práctica de la virtud de la prudencia sino como un don que se recibe dócilmente del Espíritu Santo. Para Ignacio de Loyola el discernimiento es, en efecto, un medio para «buscar, encontrar y elegir la voluntad de Dios» [EE. 1]; un medio para afrontar las ambigüedades que jalonan el camino a la hora de abrazar lo que Dios quiere y no menos para evitar los engaños del mal espíritu, lo que no conduce realmente a Dios. El contenido y significado del discernimiento ignaciano han quedado perfectamente resumidos en las Reglas para discernir espíritus [EE 313-327 y 328-336].

El Papa Francisco utiliza el discernimiento para responder, precisamente, a la cuestión con la que abríamos este artículo: el ser un

Papa jesuita. «¿Qué significa para un jesuita ser Papa?». O más directamente para responder a la pregunta: «¿hasta qué punto la espiritualidad ignaciana os ayuda verdaderamente a vivir vuestro ministerio?». El Papa responde a esta cuestión sin ambigüedad alguna; responde, sencillamente, evocando la importancia del discernimiento: «el discernimiento es una de las cosas que Ignacio ha elaborado más interiormente. Para él, el discernimiento acabó convirtiéndose en un arma para mejor conocer al Señor y seguirle más de cerca». El Papa reafirma la vía ignaciana como un camino por el que el hombre logra no confundir a Dios con las cosas, dado que a él lo único que le interesa es conocerlo tal como se le revela.

Apoyándonos en la máxima ignaciana: «*non coerceri a maximo, sed contineri a minimo divinum est*», que nos enseña la justa actitud de la persona que verdaderamente quiere discernir, el Papa expone su concepción de la práctica del discernimiento. El discernimiento en sí, afirma el Papa, exige tiempo y distancia frente a las diversas opiniones y frente a las múltiples solicitudes de la vida; independientemente de cuáles sean sus apariencias. La precipitación, concluye, el Papa es uno de los principales enemigos del discernimiento.

«Yo –confiesa el Papa– desconfío de las decisiones tomadas improvisadamente. Desconfío de mi primera decisión, (...) hay que esperar, valorar internamente, tomarse el tiempo necesario. La sabiduría del discernimiento nos libra de la necesaria ambigüedad de la vida, y hace que encontremos los medios oportunos, que no siempre se identificarán con lo que parece grande o fuerte».

El Papa se manifiesta verdaderamente como un sabio, como un hombre de discernimiento, dándonos, en consecuencia, una lección sobre la manera de proceder a la hora de tomar grandes y pequeñas decisiones. Pero para que el discernimiento no sea banalizado, conviene, en un primer momento, descentrarse para dejar a Dios y su Iglesia en el centro y, en un segundo momento, estar atento a los signos y a la escucha de los testimonios y pruebas, «el discernimiento se realiza siempre en presencia del Señor, sin perder de vista los signos, escuchando lo que sucede, el sentir de la gente, sobre todo de los pobres».

En suma, la experiencia del discernimiento en el caso del Papa Francisco es realista; tiene en cuenta las circunstancias de tiempo, lugar y personas. Para llevar a buen fin tal empresa espiritual, conviene estar revestidos de magnanimidad y hu-

mildad –expresadas en dos ocasiones por el Papa–: cuando evoca la máxima ignaciana; «dicha máxima ofrece los criterios necesarios para disponerse correctamente al discernimiento y de esta manera sentir las cosas de Dios a partir de su “punto de vista”». Una vez más, descubrimos la *ignacianidad* del Papa Francisco en su vida, en sus convicciones y en su misión como Papa.

Conclusión

Finalmente, concluimos que en el primer Papa de la historia su formación y experiencia ignacianas siguen teniendo muchísima importancia. Por lo que afirmamos:

- 1.º El Papa Francisco en cuanto cristiano que es lo es en primer lugar como compañero de Jesús. Ha bebido en las fuentes de la espiritualidad ignaciana. Se percibe que ha pasado por el crisol de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.
- 2.º En la escuela del Maestro Eternal, a la manera de Ignacio de Loyola y de todos los jesuitas, ha aprendido a amar y servir, a poner su confianza en Dios que es el único Absoluto. Las cosas creadas están al servicio de la realización

del hombre según el deseo divino. De ahí la necesidad de la práctica del discernimiento para abrazar lo que Dios quiere y lo que conduce al hombre hacia Dios.

- 3.º Como Ignacio de Loyola, el Papa Francisco ha comprendido, por una parte, que la memoria conduce al reconocimiento y al amor y, por otra, el hombre es un camino hacia Dios.

Un subrayado para concluir: en esta entrevista el Papa no nos ha dado directamente una lección magistral, ni tampoco una declaración infalible, nos ha comparti-

do humildemente su experiencia interior, lo que él cree y practica en su vida como cristiano, como religioso, sacerdote y obispo. Este hecho, tal como se ha podido percibir, le da aún más un valor espiritual a su mensaje.

En fin, concluimos afirmando que el hombre Francisco, permanece fundamentalmente como jesuita. Vive su vida cristiana y su misión petrina según la vía *ignaciana*. No se pueden pues, desconsiderar la clave ignaciana para entender sus puntos de vistas, su solicitud pastoral, sus opciones y sus aspiraciones así como sus concretas actuaciones y compromisos al servicio de la Iglesia de Dios. ■